

pais al príncipe de Vaudemont, que se dedicó activamente á fortificar las dos principales plazas de la provincia, Besanzon y Dole. Contra la primera de estas ciudades dirigió sus miras y sus esfuerzos el monarca francés. Cercóla el duque de Enghien, que habia tomado el mando del ejército, y el mismo Luis XIV. en persona se presentó delante de ella (2 de mayo, 1674), y visitó todas las obras exteriores acompañado de su famoso ingeniero Vauban. Furiosamente atacada la plaza, y despues de haber resistido cuanto pudo la guarnicion, tuvo el gobernador que capitular, quedando aquella prisionera de guerra (14 de mayo). Al salir de la ciudad con las armas en la mano, la idea de verse prisioneros de franceses encendió en ira y en despecho muchos de aquellos valientes españoles, que aun se acordaban de lo que habian sido en otro tiempo, y prefiriendo la muerte á la humillacion, emprendieron un combate desigual y desesperado, en el cual, despues de haber degollado muchos franceses, cansados y rendidos y abrumados por el número sucumbieron todos, pereciendo con gloria como se habian propuesto. Continuó entonces el francés el ataque contra la ciudadela, situada sobre una escarpada roca, y abierta brecha y dado el asalto, el príncipe de Vaudemont que la defendia pidió capitulacion, que le fué concedida, dándole pasaporte para Flandes, y desfilando él con toda la guarnicion por delante del rey con los honores de la guerra.

Rendida Besanzon, emprendió el de Enghien el sitio y ataque de Dole, que tambien quiso avivar con su presencia el rey Luis. Cúpole igual suerte á esta plaza, cabeza de la provincia, que á la primera. Luego que salió la guarnicion (1.º de junio, 1674), mandó el rey, por consejo de Vauban, arrasar sus fortificaciones, y trasladar á Besanzon el gobierno superior de provincia que antes residia en ella. Salins y otras pequeñas poblaciones y fortalezas se fueron sometiendo sucesivamente. En seis semanas quedó otra vez Luis XIV. dueño de todo el Franco-Condado, que desde entonces continuó unido á la Francia ⁽¹⁾.

En tanto que esto pasaba, los confederados dejaban trascurrir tiempo en meditar y discutir el plan de campaña que deberian de emprender. No así el príncipe de Condé, que mandaba el ejército francés de Flandes, el cual aprovechando la irresolucion de los enemigos é imitando la actividad de su soberano, se apoderó de los castillos que impedian abastecer de provisiones á Maestrick; y aunque solo contaba cuarenta mil hombres, se preparó á atacar al ejército de los aliados mandado por el príncipe de Orange, que entre españoles, alemanes y holandeses ascendia á la cifra de setenta mil. Deseábalo el de Orange, confiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, y esperaba,

(1) Relacion de las guerras con Francia y Holanda; MS. de la Biblioteca Nacional.— Sismondi, Historia de los franceses.— Cartas para la Historia militar de Luis XIV.— Historia del Franco-Condado.

en venciéndole, penetrar por el reino de Francia. Encontráronse ambos ejércitos cerca de Seneff, provincia de Henao, á tres y media leguas de Charleroy. Mandaba la vanguardia de los aliados, que era de imperiales, el marqués de Souche; formaban los españoles la retaguardia, mandada por el conde de Monterey; ocupaba el centro el príncipe de Orange con sus holandeses, y estaba el de Vandemont con seis mil caballos para proteger todas las tropas y acudir donde necesario fuese.

Dióse, pues, allí una de las más memorables batallas de aquel siglo: se estuvo combatiendo desde la mañana hasta más de las once de la noche (14 de agosto, 1674): cuéntase que en el espacio de dos leguas yacían en el campo sobre veinte y cinco mil cadáveres, franceses, holandeses, alemanes y españoles; ¡sangriento y horrible holocausto humano, debido á la ambición de unos pocos hombres! Los dos príncipes enemigos pelearon con igual brío, y ambos correspondieron, el uno á su antigua reputación de general insigne, el otro á la fama de sus mayores y á las esperanzas que ya en su juventud había hecho concebir. Tampoco excedió en mucho la pérdida de uno y de otro lado; así que ambos ejércitos se proclamaron victoriosos, y por una y otra parte se cantó el Te-Deum en acción de gracias. Bien puede, sin embargo, decirse que el triunfo moral fué del príncipe de Condé. Temió éste sin duda aventurarse á perder en otra ba-

talla la gloria adquirida en Seneff, y aunque el de Orange intentó empeñarle en ella, mantúvose el francés en ventajosas posiciones, limitándose á conservar las conquistas hechas y á impedir que los enemigos penetráran en Francia ⁽¹⁾.

Culpábanse mutuamente los generales aliados de los pocos progresos que habían hecho en esta campaña, porque ni siquiera supieron apoderarse de Oudenarde, que el príncipe de Orange había ido á sitiarse (setiembre, 1674), y se fueron unos y otros á cuarteles de invierno; los españoles á Flandes, los de Alemania á su país, no sin saquear al paso los pueblos del Brabante, y sin cometer otros desmanes y tropelías que desacreditaron é hicieron odioso el nombre del conde de Souche. El de Orange partió con sus holandeses á activar y apretar el sitio de Grave, que desde fines de julio tenía puesto el general Rabenhaut, y cuya plaza defendía el marqués de Chamilly. Aunque el francés continuaba resistiendo con obstinación, hubo de capitular en virtud de orden que recibió del rey (octubre, 1674), para que no comprometiera las vidas de unos soldados tan valientes en una defensa que por otra parte era inútil. Esta fué la única ventaja que en esta campaña obtuvieron los holandeses, y para éso perdió el de Orange seis mil hombres en este sitio.

(1) Brusen de la Martiniere, Historia de las Provincias Unidas, tom. II.—Obras de Luis XIV. de Luis XIV. Tom. III.—Basnage,

Turena, que, como dijimos, operaba en el Rhin, defendió con solos veinte mil hombres contra mayores fuerzas imperiales la Lorena y la Alsacia, ganó contra los alemanes tres batallas consecutivas, desconcertó todos los proyectos de los enemigos, no obstante estar mandados también por un general hábil, y en todas partes se condujo como lo que era, como un guerrero consumado, sagaz y prudente, bien que en el Palatinado manchó algo su gloria con estragos y devastaciones, contándose entre estas el incendio y destrucción de dos ciudades y de veinte y cinco pueblos⁽¹⁾.

Ardía al mismo tiempo la guerra por las fronteras de Cataluña y del Rosellon. Los españoles concibieron esperanzas de recobrar esta antigua provincia de España por inteligencias secretas que mantenían con los naturales; pero descubierta la conjuración, y castigados los principales autores de ella por el general Bret que allí mandaba, no quedó otro recurso que intentarlo por la fuerza, y con toda la que pudo reunirse se puso allí en campaña el duque de San German. A mandar el ejército francés de aquella parte acudió el mariscal Schomberg, ya de antemano destinado á ello y harto conocido de los españoles en las guerras de Cataluña y de Portugal. Pero condújose el de San German en esta campaña con una inteligencia y una

(1) Historia del vizconde de Turená, tom. I.

astucia que acaso no habría podido esperar el francés. Después de haberse apoderado del castillo de Bellegarde, que halló mal fortificado y no bien provisto, cuando se encontró después frente del ejército de Schomberg, empleó un ardid que le dió muy buen resultado. Hizo correr la voz de que proyectaba volverse á Cataluña, fingió preparar la marcha, cuidó de que llegara á oídos de Schomberg por medio de un echadizo, colocó su infantería en unos barrancos, y buscando gran número de mulos, mandó que los llevasen por la cumbre de los montes para que pareciese ser su caballería y bagages que iban en retirada. Bret, que sentía le hubiesen quitado el mando en jefe, y quería acreditarse con algun hecho brillante, salió sin orden de su general en persecución del enemigo suponiéndole en fuga (junio, 1674). Esperaronle los españoles donde bien les vino, cayó el francés en la emboscada, sufrió su gente descargas mortíferas, y cuanto mas quería moverse para salir del peligro, mas se embarazaba y envolvía.

Noticioso Schomberg de este accidente, envió un grueso refuerzo de tropas á Bret para ver de reparar el desorden, con cuya ocasión se trabó una seria refriega en Maurellas, á las márgenes del Tech, que aunque de corta duración, costó á los franceses cerca de tres mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, contándose entre estos el hijo de Schomberg, que era coronel de caballería. A pesar de este triun-

fo, y de que no había pensado, San German retirarse á Cataluña, tuvo que verificarlo por orden que recibió del gobierno de Madrid, que necesitaba enviar parte de aquella tropa á Mesina, donde había estallado una sedición contra el gobernador de España. Con tal motivo se mantuvo el de San German el resto del año á la defensiva en la frontera de Cataluña, por haberse quedado sin tropas bastantes para poder emprender expediciones. En esta campaña, en que mandaron también como gefes, al lado del veterano Tuttavilla duque de San German, el conde de Lumiares, y los jóvenes marqueses de Aytona y de Leganés, hicieron señalados servicios y admirables proezas los miqueletes catalanes, cuyos principales caudillos era un tal Trinchera, y el baile de Massagoda, llamado Lamberto Manera; ya interceptando y cogiendo convoyes al enemigo, ya impidiéndole tomar los puentes, y haciendo atrevidas incursiones, llegando en alguna ocasion con increíble audacia hasta los muros de Perpiñan; ya hostigándole de mil maneras, volviendo comunmente cargados de botin, y matando muchos franceses, á veces regimientos casi enteros, entre los cuales cayó á sus manos el teniente general de la caballería, asi como quitó la vida por su propio brazo el de Massagoda al traidor catalan don Juan de Ardena. Verdad es que no hubieran podido ser tan felices en sus osadas empresas si no los favoreciera el espíritu de aquellos naturales, en general tan adicto á los catalanes, á

quienes tanto tiempo estuvieron unidos, como adverso á los dominadores franceses (1).

Tal fué en 1674 el resultado de la guerra en tantas partes sostenida por los ejércitos de Luis XIV. de Francia contra las tres potencias aliadas, y los príncipes y estados que se habían adherido á la confederacion contra el francés.

Lejos estuvo en el de 1675 de pensarse por nadie en la paz; antes bien, á pesar de las grandes pérdidas por unos y otros sufridas, todos se aprestaron á continuar con nuevo y mayor ardor la guerra. Por la parte de Cataluña y Rosellon no podía hacerse con gran ventaja para España, porque desmembradas las tropas que se embarcaron para Sicilia á sofocar la rebelion que antes indicamos, y de que hablaremos después, no pudo reunirse un ejército que oponer al enemigo. Asi fué que Schomberg penetró en el Ampurdan por el estrecho y difícil Coll de Bañols, se detuvo tres dias en Figueras, que abandonaron los españoles, se llegó á los arrabales de Gerona, y atacó la ciudad, que defendió con constancia el duque de Medinasidonia, hasta que el francés, cansado de una resistencia que no esperaba, alzó el cerco y se retiró con pena. Viéronse en la defensa del rastrillo de San Lázaro hechos heróicos. Un solo capitán, don Fran-

(1) Progresos de las armas españolas al mando del duque de San German, capitán general de Cataluña, en el año 1674: impreso en Madrid. Biblioteca de Salazar, Est. 44, núm. 473.

cisco de Vila, detuvo por espacio de cinco horas con treinta hombres á un número cien veces mayor de franceses; y allí pereció el caudillo de miqueletes Lamberto Manera, despues de haber peleado todo el dia, cubierto de sangre enemiga y de la suya propia.

Pero su compañero Trinchería no cesó de acosar al ejército francés, no dejándole asentarse en parte alguna, ni menos desmembrarse en partidas sueltas, ni cruzar un convoy que no fuera atacado, habiendo alguno que aunque escoltado por mas de dos mil hombres fué acometido en un desfiladero por solos doscientos de los almogábares ó miqueletes de Trinchería, matando estos hasta otros doscientos enemigos, y apoderándose de trescientas acémilas. Ya que no podia pelearse como de ejército á ejército, eran prodigiosas las hazañas de los catalanes en combates parciales. Un cuerpo de cuatro mil infantes y quinientos ginetes franceses atacó la villa de Massanet, donde solo se encontraba el capitán José Boneu con cuarenta miqueletes. Rotas fácilmente por el enemigo las tapias de la villa, encontró á Boneu fortificado en las calles con sus cuarenta hombres, que las fueron defendiendo palmo á palmo por espacio de muchas horas. Refugiados por último en la iglesia, resistieron allí hasta que escalando los franceses las bóvedas y penetrando por muchas partes á un tiempo, viéndose como ahogados por el número tuvieron que rendirse. Quiso el general francés mandar ahorcar á Boneu, mas lue-

go desistió acordándose de que él mismo habia debido la vida á los catalanes, y considerando que eran terribles en sus venganzas. Hechos como éste se repetian con frecuencia.

Determinado Schomberg á apoderarse del castillo de Bellegarde, que los españoles habian tomado el año anterior tan fácilmente, pero que habian tenido cuidado de poner en buen estado de defensa, atacóle con artillería gruesa que hizo llevar de Perpiñan. Circunvalada la fortaleza, ofrecióse el intrépido Trinchería á abrirse paso con sus miqueletes, y le abrió en efecto rompiendo un cuartel enemigo con indecible arrojó; pero los capitanes y soldados que el de San German enviaba en socorro del fuerte se negaron á encerrarse dentro de sus muros. Con lo cual los sitiados, despues de una vigorosa defensa, se vieron precisados á capitular, y evacuada la fortaleza por la guarnicion, que se componia de mil hombres, entraron en ella los franceses (20 de julio, 1675). Descansó Schomberg en la estación calurosa de las fatigas de la campaña, y para concluirla se fué á la Cerdaña, donde exigió como de costumbre contribuciones para mantener su ejército, aunque sin saquear los pueblos ni talar los campos: amenazó á Puigcerdá, mas hallándola bien fortificada y provista por el duque de San German, se retiró sin acometerla á cuarteles de invierno ⁽¹⁾.

(1) Epítome histórico de los sucesos de España, etc. MS. de la

En otros puntos se estaban midiendo en mayor escala las fuerzas de Luis XIV. con las de las potencias aliadas. El emperador había hecho entrar en la confederación otros príncipes, pero también Luis celebró pactos con el rey de Suecia, obligándose éste á distraer la atención de Leopoldo por el Norte de Alemania, á cuyo fin, y so pretexto de haber infringido el tratado de Westfalia el elector de Brandeburg, hizo entrar tropas en la Pomerania electoral (enero, 1675). Buscó entonces el elector el apoyo del imperio, de Holanda, de Dinamarca y de la casa de Brunswich para defenderse contra la Suecia, y así tomó la lucha mas colosales dimensiones, interesándose en ella casi toda Europa.

En los Países Bajos el príncipe de Orange, y el duque de Villahermosa, que sucedió al conde de Monterrey en el gobierno de la Flandes española, juntaron sus fuerzas para oponerse á las empresas de los franceses. Pero confundíalos el rey Luis con los movimientos de sus ejércitos, amagando ya á un lado ya á otro, dando vueltas hácia una y otra parte, sin que se pudieran penetrar sus intenciones. Sabíanse después por los resultados. Sus excelentes generales, Crequi, Condé y Enghien, rindieron las importantes plazas de Dinant y de Limburgo (de mayo á julio, 1675). El monarca francés impidió al de Orange y á

Biblioteca de la Real Academia de Historia, c. III.—La Martinière, Vida y reinado de Luis XIV. tomo IV.

los españoles el paso del Mosa, y sus tropas los fueron persiguiendo en su retroceso á Bruselas, apoderándose de paso de Tillemont. Su necesidad de sacar de Flandes un cuerpo considerable de tropas francesas para enviarlas á Alemania mejoró la suerte de los holandeses y españoles: el de Orange quedó en aptitud de obrar con mas desembarazo (julio, 1675), pero no pudo desalzar á Condé de las posiciones ventajosas que escogia, ni obligarle á aceptar la batalla fuera de ellas. Otro tanto le sucedió con el duque de Luxemburg, que reemplazó en el mando á Condé, cuando éste tuvo que partir á Alemania á reparar en lo posible la pérdida que allí acababa de sufrir la Francia con la muerte de Turena. Tampoco fué lucida la campaña de este año en Flandes para los holandeses y españoles ⁽¹⁾.

La de Alemania fué famosa, no por las conquistas que en ella hicieron ni franceses ni imperiales, sino por las pruebas que de su respectiva habilidad dieron los dos mas insignes generales de su siglo, Turena y Montecuculli. El de los franceses era singular en la elección de posiciones y en los artificios para burlar las asechanzas y evitar los combates siempre que le convenia. El de los alemanes se distinguia por su precaucion en las marchas, y por la manera ingeniosa con que conducia en ellas las tropas, los trenes y los

(1) Basnage, Historia de las Provincias Unidas.—Bruzen de la Martinière, Vida y reinado de Luis XIV.—Obras de Luis XIV.

bagages. De Montecuculli se ha dicho que nunca ningún general ha sabido imitarle en el orden de las marchas por cualquier país que fuese. Háse dicho de Turena que sabia retroceder como Fabio y avanzar como Anibal. Hallándose en una ocasion frente del ejército de Montecuculli despues de haber dado disposiciones para la batalla, y observando sus movimientos, una bala de cañon le dejó muerto instantáneamente (29 de julio, 1675). Su muerte causó un dolor general y profundo en toda la Francia: los hombres elocuentes lloraron todos sobre su tumba: su cadáver fué llevado á París, y enterrado en el panteon de los reyes (4). El ejército francés, despues de la muerte de este grande hombre emprendió la retirada: los imperiales pasaron el Rhin, y entraron en la Alsacia, pero no pudieron mantenerse en ella.

Deseaban ya casi todas las potencias la paz, y la Inglaterra era la que trabajaba mas por ella en calidad de mediadora. Ocurrian no obstante dificultades, como siempre, á pesar de la buena disposicion de la mayor parte de los soberanos. El de Francia especialmente, acostumbrado á ganar mucho en tales tratos, aparentaba hacer grandes sacrificios cuando solo cedia en cosas de poca monta, tal como la de convenir

(4) Beaurain, Historia de las cuatro últimas campañas de Turena.—Vida del vizconde de Turena.—Coleccion de cartas y memorias halladas en la cartera del mariscal de Turena, por el conde de Grimoard.

sin dificultad en el lugar que se señalára para tener las conferencias. Vencidos al fin algunos inconvenientes, y designada de comun acuerdo para celebrar las pláticas la ciudad de Nimega, cada soberano envió allá sus plenipotenciarios para comenzar las negociaciones (diciembre, 1675).

Mas como si en tales tratos no se pensára, así obró Luis XIV., toda vez que so pretesto de obligar á los enemigos de la paz á no turbar las conferencias, reforzó sus regimientos, y puso al año siguiente (1676) cuatro ejércitos en campaña; el del Rhin al mando del duque de Luxemburg, el de Sambre y Mosa al del mariscal de Rochefort, dando al de Noailles el destinado á obrar en el Rosellon y Cataluña, y quedando él mismo al frente de otro de cincuenta mil hombres, cuyos tenientes eran el duque de Orleans, su hermano, y los mariscales de Crequi, Schomberg, Humières, la Feuillade y Lorges. Cayeron estas fuerzas primeramente sobre la plaza de Condé en Flandes, y atacáronla con formidables baterías los mariscales reunidos á presencia del rey. Cuando el príncipe de Orange y el duque de Villahermosa marchaban en socorro de la plaza, ya la guarnicion consternada habia capitulado (abril, 1676). Mientras el rey Luis en persona contenia al de Orange y Villahermosa, otro cuerpo considerable de sus tropas sitiaba, atacaba y rendia la plaza de Bouchain (mayo, 1676). Aun despues de enviar refuerzos á la Alsacia y la Lorena, en la revista que